

LEONCIO GUERRERO

LA LITERATURA DE PEREZ
DE AYALA

LAS LETRAS españolas han perdido recientemente uno de sus representantes más destacados: RAMÓN PÉREZ DE AYALA, nacido en 1881 en la ciudad gallega de Oviedo. Sus estudios secundarios los hizo bajo la influencia de los jesuitas. Los de Leyes, en la Universidad de su ciudad natal. Fue miembro de la Real Academia de la Lengua.

Es autor de numerosas novelas que constituyen documentos de la sensibilidad y realidad de su época, además de un acervo literario de primer orden para las letras castellanas. Vivió 82 años intensamente laboriosos y agitados. Fue un hedonista, un hombre que supo extraerle a la vida sus más emotivas vibraciones. Frente a los interrogantes que siempre suscita este inevitable trance, él expresó su pensamiento por boca de uno de sus personajes: "Yo sé lo que digo, y no lo entiendo; ni nadie lo ha entendido nunca; ni jamás inteligencia humana penetrará el misterio de la muerte."

Ya su ascética figura se ha desintegrado, pero ha dejado su mensaje. Sus ideas, su literatura no perecerán. Por el contrario, toman relieve, pues estuvo especialmente dotado para percibir la vida bullente a su alrededor y elaborar con sus vivencias nuevas realidades novelísticas, que es, a la postre, el papel del verdadero creador.

Esta extensa obra de ficción de Pérez de Ayala hace meditar. Hay en ella sugerencias que abarcan amplias y variadas zonas de la vida humana: en el amor, en los sentimientos de hombres y mujeres, en sus pasiones, en sus pequeñeces individuales y colectivas, en sus secretos vicios y grandezas, en sus reacciones psicológicas más profundas. Pues, a pesar de sus tendencias realistas, fue sutil buceador de lo inconsciente que mueve los actos espontáneos de los seres. Sus personajes no son simples marionetas que se agitan automáticamente. Son entes vivos, sensibles.

El autor los analiza, los exalta o rebaja, los satiriza o los respeta. Veamos estas variadas gamas de su literatura.

LA MITOLOGIA

Pérez de Ayala manifiesta una fuerte inclinación a considerar a los seres humanos como juguetes del destino. De ahí el uso constante que hace de la mitología, principalmente de la griega. Él piensa que la vida es un permanente mito, nada tiene explicación. Todos nuestros actos están preestablecidos. Es un fatalista. Por otra parte, él también se inclina a burlarse de los engolados y falsos. Utiliza los dioses para burlarse de ellos. Esta tendencia a rebajar lo humano, los hechos sin trascendencia del diario vivir, es característica del arte español. Se encuentra en la pintura, por ejemplo. Los grandes maestros del Renacimiento, Rafael, Leonardo, idealizaban a santos y vírgenes u otros personajes de la Historia Sagrada. Esta idealización se manifestaba en la estilización de las caras de las vírgenes, faces de suave óvalo de las mujeres florentinas, o bien dolorosas, agónicas expresiones deshumanizadas de Cristos y santos. Los pintores españoles del barroco, Velázquez, Goya y otros no idealizaron estos temas, sino los humanizaron, es decir buscaron en los hombres y mujeres populares, ásperos, groseros, la verdadera expresión que un hombre o una mujer podían tener frente al sufrimiento. Las vírgenes son lavanderas y mujeres del pueblo y los santos y cristos son payasos burdos y rufianescos.

Pérez de Ayala utiliza la misma tendencia. Hace humana la mitología. Se ríe de los dioses y de sus leyendas. Estos dioses no moran en el Olimpo sino en un pueblucho cualquiera de España, llámese Pilares o Regio, escenarios donde se desenvuelven sus novelas. Esos personajes aldeanos, rudos, ingenuos o bellacos, son dioses con pies de barro.

El autor dice, refiriéndose a los mitos: "Los mitos los juzgáis inverosímiles y los calificáis de cuentos de viejas. Lo que no comprendéis, decretáis que no existe. Si supiérais de Antígona, diríais que no es verosímil y que, por lo tanto, no existió. Si supiérais de Micaela, de Urbano, de Simona, diríais que son inverosímiles y que por lo tanto, no existieron. Yo, el más inverosímil de todos, soy el que menos existe. Pues sí, a pesar del vulgo, a pesar de vosotros, existo." Esto lo decía el maestro de Urbano, don Cástulo, tan ponderado, tan filósofo.

En *Prometeo*, agrega: "Llevaba ya, el magnífico Odisseus, cuarenta días en poder de la diosa Calypso". Pero este moderno Odisseus se llamaba Marco de Setiñano y Calypso se llamaba Federica Gómez y era viuda de un indiano rico y estéril." Y esta moderna ninfa no vivía

en una cueva, sino en una casa de campo. Un pollino era llamado Agamenón. La diosa Nausikáa era una moza negligente que dormía su flojera a la orilla del mar. Prometeo era un viejo feo y lascivo.

Otras veces, no recurre a las cosmogonías griegas, sino a elementos más próximos, como en el caso de la hermosa narración que es "Luz de Domingo", cuando los malos individuos que ofenden y mancillan a Balbina y a su novio Cástor, simbolizan la afrenta de las hijas del Cid por los Condes de Carrión.

En el fondo, lo que Pérez de Ayala intenta con este curioso uso de los mitos, es, por un lado ridiculizar a los escritores que en esa época abusaban de su erudición mítica a cada paso, haciendo una literatura cursi y pseudo culta, y por el otro, traer a los idealistas a la realidad. No hay necesidad de personajes tan elevados cuando al lado nuestro podemos encontrar estos dioses humanos que viven, sufren y mueren como lo hacen los mismos dioses.

Se burló de la mitología, como don Quijote se rio de la Caballería.

PEREZ DE AYALA Y LAS VARIEDADES DEL AMOR

En *Los trabajos de Urbano y Simona*, Pérez de Ayala se nos muestra sensual, gozador de la naturaleza, del vuelo y canto de las aves, del sol, de la mujer que es el mayor bien del hombre sobre la tierra. Lo asevera en aquel razonamiento que se hace Urbano después de haber perdido a su esposa. Ha sentido, de repente, la realidad de su situación cuando el teólogo, a quien ha ido a visitar con su madre, le revela en qué consiste el "saber" refocilarse con el otro ser que complementa la pareja humana. Urbano, criado en la más absoluta e inverosímil ignorancia sobre el mecanismo de la procreación, abre los ojos ante tamaña revelación. A él le había parecido que con el pequeño y sentimental hecho de besarse y acariciarse ya había cumplido con la finalidad del matrimonio. Urbano fue criado por doña Micaela "como un ángel", esto es, "como un monstruo, un castrado del elemento bestial, no menos divino que el elemento angélico". "El pobre Urbano, la primera noche de su luna de miel, quedó como demente con sólo el olor de la miel, que en su inocencia e ignorancia le causó efectos de terror". Pero Simona, más intuitiva, "maduraba para el amor". La madre, por liberar a su hijo de los dramas que trae el amor, quería que no conociera prematuramente sus goces. Pensaba que la Naturaleza podía haber eximido a los hombres de la bajeza física de procrear.

Pérez de Ayala deseaba hacer una especulación sobre educación sexual. Y llegó al convencimiento que el verdadero amor es el amor

total, corporal y físico, como lo ha preconizado el novelista David Herbert Lawrence, en *El Amante de Lady Chatterley*. Que el espiritual sólo, es monstruoso.

El novelista, además, nos presenta amores morbosos, de seres de mente libidinosa. Basta evocar algunas escenas de su novela *A.M.D.G.*

También nos presenta amores poéticos y normales en los que los amantes no ignoran sus deberes y que subliman y embellecen la pasión. A veces, amores imposibles, como el de Ruth por el padre Sequeros. O aquél de "Luz de Domingo", dramático y sentimental.

Otras veces destaca personajes que no conciben el amor sino como derecho viril de propiedad exclusiva. Mas, por boca de Vespasiano, llega a la conclusión: "La esencia del verdadero amor es la libertad, sin traba ninguna". En esta copla encontramos la síntesis de su espíritu español, sensual, despreocupado y oportunista:

*Con cuatro copas de vino,
billetes en la cartera
y Carmen la del molino
me río de España entera.*

LA MORAL

En toda su obra el novelista campea por purificar las costumbres, combatiendo la falsa moral. Lucha contra el hombre y la mujer que se han evadido de la realidad, sofisticándose. Refiriéndose a la religión dice: "Urbano medita, en la misa, presenciada en su iglesia aldeana. En aquellos instantes de especulación mística ha creído penetrar el sentido y la eficacia de la religión". "Por mucho que llegue a saber, el hombre siempre tropezará por todas partes con las fronteras del misterio. Allí, donde comienza el umbral del misterio, la religión nos toma de la mano y disipa nuestro terror". Pero este refugio contra el misterio no debe ser convertido en el terror del Más Allá, en el miedo a un ser omnipotente y vengativo que nos hará pagar con fuego eterno nuestros pobres deslices. De allí sus protestas contra ciertos aspectos exteriores, contra los que se abrogan el derecho a "las llaves del reino". En su novela *A.M.D.G.* quiere demostrarlo. Estas actitudes las personaliza en el Padre Sequeros, a quien exalta por su rectitud; en el padre Olano, concupiscente, y en el padre Mur, equívoco y sádico que se solaza en torturar a los muchachos a su cargo, sometiéndolos a "pruebas" como la de barrer un trozo de sue-

lo con la lengua, o a sufrimientos morales inenarrables, hasta llevarlos al suicidio o la huida.

Escarnece y ridiculiza a aquellas señoras que, a pretexto de defender la moral pública, buscaban la manera de expulsar del pueblo y castigar a una proxeneta que había instalado un burdel. He aquí la sabrosa escena:

"—Las penas del infierno caerán sobre Ud." —la amenaza un religioso.

Telva, la proxeneta, se hace la arrepentida y exclama:

"—¡Ay qué buenos y santos son Uds.! Los inspira Dios. Si Uds. vieran qué hombres más malos y pendencieros. Si todos los que van a mi casa fueran como su marido. Qué hombre tan formal, tan simpático. Llega todas las noches, trae dulces y se queda con la portuguesa o con la Loreto o con la Pepa."

"O como su padre, el señor Pelayo. Antes que se seque el mar a que falte por las tardes. Qué faldas, qué blusas, qué cadenas..."

Las señoras moralistas caen desmayadas.

Pérez de Ayala, pues, acusa y destaca la falsedad, la hipocresía. Quiere purificar la moral y hacerla real y humana.

DON JUAN Y LA HONRA

La temática constante de este novelista es la vida realizándose con todas sus variaciones, fracasos, angustias, odios, amor. Pero dentro de estos temas le interesa, como buen español, la HONRA de la mujer. En *Tigre Juan y Curandero de su Honra*, se explora en largas consideraciones sobre esta abstracción. Esta honra, que no afinca tanto en la integridad física, como en la pureza sin mácula de la conciencia.

Ese Tigre Juan, personaje primitivo y violento, pero tímido en el fondo y de una gran sensibilidad amorosa, ansioso de amar y de ser amado, huérfano de todo afecto, anhela una mujer que le corresponda con esa ternura que él siente. Es un ser ingenuo, fácil de engañar que se da todo entero, sin sospechas. En cambio su gran amigo, su compensación, no ama a nadie, no se compromete con nadie, ni tampoco sabe de lealtades ni aun con su propio compañero, a quien trata de birlarle la esposa. Este personaje tiene las características de don Juan, el insatisfecho que busca toda su vida a la mujer, sólo a la mujer como género, no como individuo único con el cual cerrar el circuito amoroso de que hablaba Marañón. Tigre Juan es un hombre de una sola mujer. Vespasiano, el amigo, es el

vengador de los tímidos engañados. El primero es la víctima, el que lleva los cuernos. Sin embargo, el uno es el macho y el otro, el insecto que revolotea, liba y no engendra. Tigre Juan ha sido engañado y por eso tiene mala opinión de las mujeres y les teme, y duda de ellas. No se cree digno de ser amado. Sufre complejo de inferioridad, diríamos hoy día. En su juventud, es burlado por una mala hembra que lo convierte en personaje de tragedia, asesinando a su esposa por celos infundados. Pasan largos años que no tiene amores. Su ternura se refugia en un sobrino pícaro y mal agradecido, que también lo abandona. Sin embargo, desea amar ardientemente. Se enamora de una muchacha, Herminia, ex novia de ese sobrino. Y aquí estalla, de nuevo, el drama. En su timidez no halla palabras para declararle su amor profundo y sincero. Pero piensa cómo procedería su amigo, el don Juan. Lo envidia y cuando arriba al pueblo, le pide que le hable por él. Por supuesto que el otro le habla por él y para él. Huye con ella. La mujer, que lo ha amado siempre, quiere comprometerlo, más don Juan la deja abandonada. Herminia comprende su situación y vuelve donde Tigre Juan que, como todo tímido, la perdona y olvida... Hay por allí unos humorísticos razonamientos sobre la honra de Herminia, para consuelo del pobre Tigre, razonamientos falsos que arguye el don Juan para aquietar la conciencia de la mujer. Dice: "Los elementos constitutivos de nuestro cuerpo se están renovando sin cesar. De tiempo en tiempo, un lapso de algunos años, no hay una célula de nuestros tejidos. Hemos cambiado de cuerpo. Sin embargo, el espíritu persevera en su unidad con la memoria del cuerpo ya desechado y la conciencia del cuerpo flameante. El cuerpo humano fluye y no permanece, ni hay cuerpos para siempre impuros. El agua que corre hoy pura, mañana es enturbada. Luego, ¿qué es la honra, si el cuerpo que ha sido mancillado ya no existe?"

Este culto por la honra ha sido superado en nuestros días. Cada uno es el "CURANDERO de su propia honra", ya sea con el remedio del desprecio, del abandono o repudio, o con el estampido de un arma de fuego.

De nuevo encontramos ese anhelo de deshacer la trascendencia de lo intrascendente, de quitarle la gravedad a estos prejuicios que han hecho infeliz a la Humanidad.

LA SATIRA

Este esforzarse en destruir falsos conceptos de moral, de corregir costumbres, de traer a la realidad a los que se lanzan por mundos irrea-

les, ha tenido en la burla fina, a veces cruel o tierna, pero siempre bien intencionada, el arma más eficaz.

Pérez de Ayala es un maestro de la sátira. Se ríe de tantos aspectos de los personajes, de los ambientes pueblerinos con sus limitaciones y prejuicios, de lo trascendental de la tragedia humana.

Se ríe de los personajes graves, de los engolados, de los hipócritas y fariseos. A veces, de sí mismo. Esta burla es abierta o soterrada, sutil. Otras veces este humorismo es cáustico, demoledor, ofensivo contra la incalculable estupidez humana.

En lo literario, se ríe de los retóricos, de los literatos a la fuerza o de aquellos que, queriendo asombrar, usaban y usan aún latinajos y citas inoportunas o se enzarzan en filosofías baratas y enrevesadas.

Es interesante traer aquí algunas muestras de estas ironías encontradas, al azar, en sus novelas. Por ejemplo, los nombres, de lugares, de personajes de sus obras fueron para él motivo permanente de simbolismo burlón. Veamos este párrafo: "Parecía que el diablo las había bautizado, con nombres cristianos, porque esto es inevitable, pero eligiendo de entre ellos, los más desgraciados del santoral... He aquí dos que sonaban a veneno de la botica: Arsenia y Sulforiana. Uno que sonaba a tormenta: Trifona; uno que sonaba a crimen: Degollación". Doña Iluminada era una mujer medio adivina, medio intuitiva. Don Casto o Cástulo era una especie de solterón que no se preocupaba mucho de su funcionamiento orgánico. Doña Micaela era una mujer cursi, arribista, que trataba de imitar como los micos a personajes aristocráticos. Urbano, un ingenuo que usaba su urbanidad con su esposa hasta el grado de no tocarla. Simona, una especie de simplona o de ingenua, que siempre a todo decía sí como las monas. Y así podríamos encontrar en abundancia. Pero veamos otros aciertos satíricos.

"Sin duda, descendía de *conquistadores*, porque las horas que no estaba en la oficina, las dedicaba a la conquista de las criadas de servir."

"Medra, hijo mío, en política. Y verás cómo los periódicos te publicarán, cuánto escribas, aunque sean puras sandeces y te llamarán portento y serás hasta académico, si con tan poco te conformas."

"Un hombre digo, que no siempre los maridos son hombres."

"El padre Oróstegui había diferenciado netamente las funciones de cada uno de los confesores y predicadores. Cleto Cueto cultivaba a los políticos de derecha y poco a poco, había logrado hacer hijas de confesión a la mayoría de las mujeres de los políticos de izquierda".

Y sería largo seguir enumerando estas citas, que revelan un temperamento de escritor ágil, ameno, mordaz e irreverente.

REALISMO COSTUMBRISTA

Pérez de Ayala cultivó un realismo depurado de excesos descriptivos. No por eso deja de destacar lugares y ambientes que le merecen interés, lo mismo que el retrato de personajes. Su gran preocupación es el aspecto psicológico. Un paisaje es un estado de alma, el color, las vibraciones atmosféricas son expresiones de momentos que el artista vive. Un retrato está lleno de sugerencias, de vida interior, de drama, de humorismo.

Sus temas los toma de la vida real provinciana que no tiene la complejidad de las grandes ciudades. Pero no por eso deja de poseer profunda significación humana. Hay en sus páginas riqueza de caracteres, vivos cuadros satíricos y sentimentales, predominando lo amargo y pesimista. Defecto éste que ha solido destacarle a la novelística chilena Domingo Melfi. Este pesimismo no quiere decir que sea derrotista. Por el contrario, es un medio para estimular el mejoramiento, el vencimiento de lo nefasto. Esto es característico de la generación del 98 que sufre un período de decadencia de España. Pérez de Ayala utiliza habitualmente a sus personajes para decir por boca de ellos sus propias teorías sobre la vida, las costumbres, del arte, del pensamiento. Lo que contribuye a hacer pesadas, farragosas sus novelas con este abundante especular.



Citemos textualmente, sin discriminación, algunos trozos de descripciones y retratos.

“Suspiró. Con los ojos acarició los blancos muros de la estancia, las vigas color añil de la techumbre, casas silenciosas y humildes que allí moraban: la cuna de caoba, casi tan ancha como larga, alta de más de un metro con cuatro corpulentos colchones, colcha de crochet y cubre pies de mil colores, obrados la una y el otro por doña Predestinación allá en su juventud.”

Nótese esa interrelación del ser humano con las cosas, las que ya no son objetos inanimados, sino que cobran vida, sienten, vibran al estímulo de la emoción del personaje.

Otra:

“El sol oblicuo de la mañana recorta sobre las losas del claustro

grandes ojivas amarillas, que se doblan y suben luego por el muro. Algunas golondrinas, anidan en los rosetones labrados de la techumbre, trazan al sesgo, piando, largas estrías negras dentro de la luz en haces."

Bello cuadro, vívido, real, que el autor percibió y quiso eternizar en esa mancha impresionista, donde hay luz y la atmósfera vibra deshaciendo los contornos.

Y ésta, sugerente:

"La linda rigidez y melancólica expresión de las mujeres del Norte aureoleadas de bruma, los ojos grises, grises siempre como el cielo frío, el cabello rubio ambarado como el oro viejo, todo ello pensaba que era más ornamento de un trono que de un tálamo."

Con el color repetido consigue acentuar la idea de ambiente frío. Elementos gris, frío, bruma.

Y esta otra estampa de una meridional:

"Una belleza maligna como las gemas negras, con los ojos insondables de tenebrosidad para abismarse en ellos, el cabello como mar de tinieblas con ondas que azulean, la boca sangrienta, flor de granado; la piel suave de fruta en sazón..."

Hé aquí un poeta, un pintor y un psicólogo:

"Luz de Domingo": A Cástor se le había figurado siempre que la luz del día Domingo era distinta de la luz de los demás días entre semanas. La luz de Domingo era luz patética, en tanto que la de otros días era luz apática..."

También son reales, vividos por el autor, sus temas tomados de los medios bohemios de Madrid, sus personajes, artistas, trotamundos, danzaderas y troteras.

LA TECNICA

Leyendo la extensa obra novelística de Pérez de Ayala, hemos hecho las siguientes anotaciones sobre la técnica de sus novelas:

Cada capítulo es una estampa, redondeada y sugerente. Párrafo fluido y grácil.

Capítulos sueltos, poemáticos, descripción de ambientes: jardines interiores, claustros, paisajes lugareños. Sin embargo, forman un todo, una unidad.

Demuestra con ello la vibración de la vida, a modo de impresionismo literario.

A veces intercala versos modernistas, parnasianos como en "Prometeo".

Recorre al paralelismo de la acción, es decir, dos escenas frente a frente, dos hechos compitiendo por la atención del lector (*Tigre Juan*).

Sin embargo, cae a veces en teatralidades, como es el caso de la muerte de Tigre Juan, un dramatismo de mal gusto.

Un afán a lo Proust de analizar los más mínimos detalles, torna la acción lenta, morosa.

O diálogos también lentos, manidos, o temas inverosímiles e ingenuos como el de la virginidad de Simona y la inocencia de Urbano, o ideas pasadas de época sobre el amor maternal.

Sucede que la parte de más movimiento de las novelas, generalmente se encuentra en los primeros capítulos; después la acción, el ritmo se van deteniendo. Mas, cuando se decide a narrar, salir de estas revueltas y arenales de las ideas intercaladas, es ágil, coge, arrastra e inquieta. Así da trascendencia a temas nimios de la vida diaria.

Toda su obra novelística tiene un sentido cíclico. Hay una continuidad temática. Constituye un todo de tiempo, de acción. Los mismos personajes entran y salen en las novelas, completando ideas y acciones que no habían expuesto o realizado en las otras. Por ejemplo, el personaje de la *Pata de la Raposa*, de nombre muy castellano, Alberto Díaz de Guzmán, talentoso literato y por lo tanto, de acuerdo con la época, bohemio empedernido, se encuentra en *Tigre Juan*, en *Tinieblas en las Cumbres*, en *A.M.D.G.*, en *Troteras y Danzaderas*. Este Díaz de Guzmán es, seguramente, la encarnación del autor, un autorretrato.

Es interesante este afán de ir completando a los personajes, es decir, buscando al hombre ideal en dos personajes contrapuestos. Lo que uno no tiene lo tiene el otro. Tigre Juan y Vespasiano. El uno tímido, pero macho e íntegro. El otro audaz, don Juan, pero indiferenciado, feminoide hasta en lo físico en oposición a la reciedumbre muscular de Tigre.

Teófilo, en *Troteras y Danzaderas*, encarna las potencias del alma. Fernando es sólo el varón hermoso, buen macho. Rosina no se satisface con uno de ellos. Se siente completa con ambos.

Pérez de Ayala, el novelista que hemos perdido y del cual hacemos somero recuerdo, tanto de su obra como de su época, es, sin embargo, un autor actual, vigente, como lo será siempre toda obra que se enraíce en la realidad humana. Sus temas, sus ideas, su técnica no han envejecido. Tal es así que él ya había iniciado la depuración del realismo demasiado costumbrista, naturalista. Hizo una

justa ecuación de lo real y de lo imaginativo. Entre la poesía y lo real, la emoción y el existir carnal.

Agréguese a esto la técnica de su estilo, ágil, liviano. Su frase redondeada, vocablos precisos y sugerentes. En general, deja un saldo de belleza literaria, equilibrio, que recogió de la triple influencia de las literaturas francesa, inglesa e italiana, al decir de un crítico. Nosotros pensamos que la literatura española reúne en sí estas cualidades.

En suma, su obra encarna los tres aspectos de la composición, de la ordenación de los elementos. Unidad de acción, de tiempo. Variedad de personajes, temas, ambientes y equilibrio en las formas del estilo.

Pero, por sobre todo, destaca una eximia cualidad: la de disfrazar la concepción trágica de la vida de su tiempo y de su generación con un ingenioso humorismo. No con ácido desconsuelo. La ironía se sobrepone al drama.